

algar



COLLECCIÓN  
CALCETÍN

# El bazar de vidas

Adrià  
Aguacil

Ilustraciones  
Jotacé Perea





1

Si digo «la típica adolescente friki de las películas, esmirriada, patosa, con aparato en los dientes, unas gafotas redondas y que siempre se esconde detrás de un libro», enseguida os viene una imagen a la cabeza, ¿verdad?

Pues, antes de comprarme una vida nueva, así era yo: la típica apestosa de la clase de las películas de instituto americanas.

Tenía una afección grave de la vista y los médicos me habían obligado a llevar unas gafas –mejor dicho, lupas– como culos de botella que me aumentaban tanto los ojos que parecía un dibujo animado. Y, para colmo, tenía la cabeza grande, la boca pequeña y unos dientes de caballo que se superponían, por eso me habían puesto aparato.

Los compañeros de clase no se encarnizaron demasiado al ponerme un mote: Metal Doraemon. Teniendo en cuenta otras opciones, como Draculina Dientes de Hierro, My Little Metal Poni, Caballo Cósmico o Cuatro Ojos y no Ves, no se pasaron mucho. De todos modos, aunque os parezca un tanto quisquillosa, habría preferido que me llamaran Julia, mi nombre de verdad. Pero qué le vamos a hacer...

El viernes 30 de mayo teníamos Educación Física a primera hora. No os podéis imaginar cuánto he llegado a odiar esa asignatura. Por si fuera poco, la profesora tuvo la genial idea de organizar un partido de fútbol. Señaló a Clara y a Marcos, unos compañeros de clase.

–Elegid equipo –les dijo.

Qué poco original. Siempre los nombraba capitanes a ellos. Como eran los más aficionados al deporte...

Clara y Marcos empezaron a elegir a la gente. Y, como siempre, yo fui la última. Cuando terminaron, me quedé sola en medio del pabellón. La basura que no quería nadie, ¡toma ya!

Marcos, que era el que menos jugadores tenía, se vio obligado a ficharme.

–No quiero que nos hagamos perder, Metal Doraemon.

Me encogí de hombros.

–Tranquilo, no pienso ni tocar el balón.

Pero sí lo toqué. Y no por voluntad propia. Durante el partido recibí cuatro pelotazos en la cara. Al quinto se me cayeron las gafas y, mientras las buscaba a tientas por el suelo, el equipo contrario marcó el gol definitivo. La profesora pitó el final del partido y les dio la victoria.

Marcos, María y no sé cuántos más se acercaron, enfadados.

—¡Estabas al lado de la portería, Metal Doraemon!

—¿Por qué no la has defendido?

—¡Hemos perdido por tu culpa!

—Se me habían caído las ga... —No me hicieron ni caso. Me dieron un empujón con el hombro y se fueron a los vestuarios.

Se tomaban el rollo del fútbol muy en serio. Para ellos, ganar era cuestión de vida o muerte. La derrota les arrancaba lágrimas sudadas y rebuznos de burro. ¿Por qué, si no era más que un juego? ¿Por qué les importaba tanto perseguir una pelotita y meterla dentro de una red?

Era un auténtico misterio, igual que la pregunta «¿existen los extraterrestres?».

Para mí, una verdadera cuestión de vida o muerte era que el último cómic de *La guerra de las galaxias* llegara a las librerías al día siguiente. ¡Me moría de ganas de leerlo!



2

—¡Este fin de semana me voy a las islas Maldivas a nadar con delfines! —nos anunció Clara mientras nos cambiábamos en los vestuarios.

Su madre era una empresaria muy importante —y muy rica— y siempre se llevaba a su familia a todas partes, de isla exótica en isla exótica. ¡Qué suerte!

Cuando no había profesores cerca, Clara sacaba el móvil y nos enseñaba fotos suyas rodeada de palmeras, arena blanca y agua cristalina, mientras todos exclamábamos un «¡oooh!» de sorpresa y admiración.

También llevaba aparato en los dientes, pero nadie la llamaba Metal no sé qué. Al contrario que yo, ella era alta, esbelta, popular y nadadora. Competía a nivel estatal y había ganado algunas medallas.

Siempre decía que tarde o temprano sería como Marta Vila, la nadadora catalana del momento.

Clara no me caía bien. Era pija e insoportable, y quería llamar la atención a todas horas. Sin embargo, al mismo tiempo le tenía muchísima envidia, porque todo el mundo le hacía caso, todo el mundo la adoraba, nadie se metía con ella... y a los chicos se les caía la baba al verla. A mí los chicos no me interesaban, desde luego, pero, si tuviera que elegir entre que me empujaran por los pasillos gritándome al oído: «¡Hola, Metal Doraemon!» y que quisieran ligar conmigo, preferiría la segunda opción.

Sonó el timbre que anunciaba la hora del recreo y salimos de los vestuarios. En el patio, me senté con el grupo de chicas de la clase, en una punta. No me hacían ningún caso, ni yo a ellas: solo me ponía allí para no estar sola. No me molestaba nada la soledad (la verdad es que ya estaba acostumbrada), pero, cuando alguien se arrincona a solas en el recreo, los demás aprovechan para reírse a su costa. También estaba acostumbrada a eso, pero no me apetecía nada.

Estudiaba segundo de la ESO y faltaba poco para que llegara el verano. Solo tenía que aguantar un mes más y sería libre. Tenía la esperanza de que las cosas cambiaran el curso siguiente. A lo mejor venían alumnos nuevos que compartían mis aficiones, fundábamos una asociación de frikis y dejaba de sentirme como un pez fuera del agua. O puede que no...

—¡Qué pasada esa escapadita a las Maldivas! —oí a Laura decirle a Clara—. Yo me voy de fin de semana a la casa de la playa. Como ya hace bueno, ¡nos podemos bañar!

Ah, sí, Laura presumía constantemente de la casa de la playa. No me había invitado nunca —a las demás chicas sí, evidentemente—, pero, de todos modos, sabía que estaba en Palamós, que tenía una piscina en forma de luna y que en el jardín vivían dos gatos.

—Pues yo el sábado no pienso hacer otra cosa que jugar al tenis. ¡A mis hermanos y a mí nos encanta! —exclamó Paula.

Ella era la única con la que me llevaba bien. Le gustaban los libros de fantasía y los cómics de superhéroes, como a mí. Cuando estábamos las dos solas, hablábamos del tema, pero, en cuanto veía que se acercaban las otras, cortaba la conversación. No quería que se enteraran de que compartía intereses con la abominable Metal Doraemon.

—Qué guay, ¿no? —dijo Clara con una sonrisa—. Por cierto, como gané las competiciones de braza y mariposa, mi madre me regaló una pulsera de Tous, ropa de deporte y esta camiseta. ¿Verdad que me queda bien? ¡Es Hollister! Le costó ochenta euros.

Todas admiraron la camiseta y yo no me pude resistir a mirarla. Era lisa, con un pajarito minúsculo, diminuto y casi imperceptible bordado en un lado. ¿Ochenta euros por ese trapo? ¡Venga ya!





—¡Cómo mola! —dijo Helena, maravillada.

—¡Me voy a comprar una igual! —añadió Paula con convicción.

—Pero si no tiene nada de especial... —se me escapó. ¡Ups!

Me miraron todas arqueando las cejas.

—Pues es mucho mejor que la porquería esa que llevas tú —me soltó Clara. Bajé la mirada: llevaba la camiseta de Batman manchada de aceite. Me la había comprado en el mercadillo y, el día que la estrené, se me cayó un perrito caliente encima. Por mucho que la limpiara, las manchas no se iban, pero me la seguía poniendo porque era mi favorita—. Y con esas gafas de abuela pareces un alien. ¡Un alien vagabundo!

Las chicas se partían de risa.

Pensándolo bien, Clara tenía razón. Siempre me había sentido como un alien que vagaba por la Tierra en busca de un portal interdimensional que me devolviera a mi planeta.

—¿Por qué vienes con nosotras si no te interesan nuestras conversaciones? —me preguntó entonces María—. No te gusta hablar de deporte, ni de ropa, ni de quién se enrolla con quién, ni siquiera hacer fotos.

—Sí —dijo Paula—. Si te aburres aquí, vete a otra parte. Además, ahora íbamos a hablar de la fiesta que vamos a dar en mi casa el viernes que viene.

—¿Vais a dar una fiesta? —dije, sorprendida.

—Sí, mis padres se van y me dan permiso, pero me han dicho que no invite a más de quince personas, y entre nosotras y los chicos ya llegamos al tope. Como no vas a venir, sentiría mucho que oyeras todo lo que vamos a hacer...

Eso me dolió. No me lo esperaba para nada de ella. Me dolió porque no me había invitado, porque me estaba echando con una excusa baratísima y porque...

—El viernes que viene ponen en la tele las ocho películas de Harry Potter seguidas. Dijiste que vendrías a mi casa y las veríamos en plan maratón. ¿Se te ha olvidado? Y como hoy es...

—Pero ¿de qué hablas? —me cortó Paula—. Yo nunca he dicho nada de eso.

Laura y Clara empezaron a reírse por lo bajo, murmurando:

—¿De verdad pensabas ir a casa de Metal Doraemon?

Delante de las demás, Paula siempre hacía como si no me conociera de nada, y ya estaba harta. Enfadada, agarré la mochila y me fui, aunque oí sus risitas a mi espalda.

¡Puaj, cuánto las detestaba!

Me encerré en los lavabos, me senté en la tapa de un váter y enterré la cara entre las manos.

En ese momento sonó la alarma del reloj digital. Levanté la mirada y me quedé mirándolo. Me lo

había regalado mi abuelo cuando tenía ocho años. Hasta era sumergible. Ironías de la vida: resulta que era un reloj de Doraemon; el gato cósmico me guiñaba un ojo entre los números.

–Hola, hermano gemelo –lo saludé con un suspiro.

Las 11:13. La hora a la que nació. Ese día era mi cumpleaños y, menos mis padres (y el Doraemon digital), nadie me había felicitado. En el instituto había sido un día normal y corriente: los compañeros de clase me habían hecho el gran regalo de tratarme como siempre.



3

Me pasé las clases de mates, sociales y catalán leyendo *La vuelta al mundo en ochenta días*, de Julio Verne, por debajo de la mesa. ¡Qué pasada de libro! Mis compañeras de clase iban a los rincones más lejanos del mundo, sí, pero la mejor manera de viajar era leer, y yo no hacía otra cosa en todo el día. La verdad es que eran los únicos viajes que hacía.

Cuando sonó el último timbre del día, el detonante del fin de semana, pegué un brinco de alegría. Salí del instituto a toda pastilla, doblé una esquina y bajé por el callejón que me llevaba a casa. Pasé por una tienda de golosinas llena de niños y entonces...

...me regaron con zumo de naranja.

—¡Feliz fin de semana, Metal Doraemon! —exclamó Marcos—. ¡A ver si así te refrescas y no vuelves a fastidiarnos el partido!

Y echó a correr, seguido por dos amigos.

Me limpié la cara con la manga. ¡Qué asco! La breve alegría del inicio del fin de semana se esfumó.

Seguí andando. No tenía ganas de perseguirlos ni de vengarme. Tampoco iba a servir de nada. Solo les daría más ideas para que se burlaran de mí. Si hubiera sido Wonder Woman, los habría mandado volando por los aires con el superescudo, pero solo era Metal Doraemon.

Había un hombre repartiendo folletos enfrente de un edificio que habían construido hacía cuatro meses. Me dio uno al pasar por su lado y me lo guardé en el bolsillo sin prestarle atención.

—Si no te gusta tu vida, ¡ven y te la cambiamos! —dijo el hombre.

Pasé de largo esbozando una sonrisa burlona. Sonaba como esos anuncios de la tele que prometen milagros imposibles.

Las vidas no se pueden cambiar así como así, como si fueran ruedas de coche.

¿O a lo mejor sí?

Cuando entré en casa, Luke vino corriendo a saludarme. Era un gato viejito, pero no había perdido

las ganas de jugar. Se frotó contra mi pierna y me llenó el pantalón de pelos.

—Tienes hambre, ¿eh...? —le dije, acariciándole la cabeza.

—¡*Miau!*

Fui a llenarle el comedero. Luke era como mi hermano. Lo tenía desde los tres años. A esa edad, no paraba de pedir a mis padres una hermanita y ellos decían que era «cara de mantener» y que «no nos la podíamos permitir», así que lo adoptamos.

Me hice un bocadillo con dos rebanadas de pan secas y los últimos trozos de jamón de York que quedaban en la nevera, y me lo zampé en un santiamén. A continuación, subí a la buhardilla. Era mi habitación. Entre dos estanterías llenas de libros que iban hacia abajo, siguiendo la forma del techo, tenía la cama y el escritorio. Las ventanas, una a cada lado, eran grandes y redondas como mis gafas y dejaban entrar unos densos rayos de luz.

Era mi rincón predilecto: mi santuario. Encerrarme allí para devorar cómics y libros sin parar no tenía precio.

Dejé la mochila en el suelo, me tumbé en la cama y seguí leyendo *La vuelta al mundo en ochenta días* muchas horas, hasta que mis padres volvieron del trabajo. Trabajaban hasta tarde —sábados incluidos— y solían llegar pasadas las nueve. Me entristecía pasar tan poco tiempo con ellos. Sobre todo ese día,

porque era mi cumpleaños y ni siquiera lo habíamos celebrado todavía.

—¡Hummm! ¡Qué bien huele! —exclamó mi padre, que llevaba dos platos de verdura a la mesa. Mi madre y yo acabábamos de poner los cubiertos.

—¿Verdura otra vez? —protesté. El lunes, mi abuela nos había dado dos fiambreras llenas de acelgas y ya era el quinto día que las comíamos para cenar.

—Es tarde, Julia —replicó mi padre—. No tenemos tiempo de hacer otra cena.

—No tenemos tiempo para nada...

—Trabajamos muchas horas —dijo mi madre—. Ya lo sabes.

Por culpa de la crisis, mis padres habían perdido el trabajo y habían estado tres años en el paro. Vendieron el coche y casi nos echan de casa porque no podíamos pagar eso que llaman *hipoteca* (todavía no sé lo que es, pero, cuando alguien la nombra, a mis padres se les pone cara de preocupación y sudan. Debe de ser una palabra maldita que sirve para invocar al diablo...). Al final salió el sol: encontraron trabajo. Pero era un sol envenenado, porque trabajaban mucho y vivían agobiados, con muchas prisas y, a final de mes, cobraban una miseria. Se les habían multiplicado las arrugas de la cara y habían adelgazado un montón. Y ya no se reían. Creían que, como era pequeña, no me daba cuenta, pero por supuesto que sí. No eran felices. Y yo no los ayudaba, porque tampoco lo era.

Creo que todo sería mejor si no trabajaran y nos hubiéramos ido a vivir debajo de un puente, rodeados de naturaleza y sin clases de Educación Física.

–El viernes es día de pizza para todo el mundo –suspiré.

–¡La verdura es más saludable! –contestó mi padre con una sonrisa–. Vivirás más y mejor.

«Quién sabe... A lo mejor cambio esta vida por una en la que sea alérgica a las acelgas», pensé, riéndome para mis adentros.

–La semana que viene compramos pizza congelada en el súper, ¿de acuerdo? –dijo mi madre, con voz cansada. Dije que sí con la cabeza–. Vamos a cenar, anda.

Seguro que Clara estaba cenando algo mejor. Un filete con salsa roquefort en un restaurante de cinco estrellas. O, a lo mejor, ya estaba volando hacia las Maldivas en un asiento comodísimo de primera clase con pantalla individual.